

La historia como magia¹

En medio de una literatura atontada, Enrique Bernardo Núñez brotó de pronto para escribir la historia al revés, envuelto en capas mágicas y agarrado a una idea del tiempo como ningún otro venezolano concibió jamás. Cientos de años quedan reducidos en Enrique Bernardo Núñez a un soplo misterioso donde el siglo XXI se confunde con el anillo de Leonardo, las ciudades de oro del Meta con las multitudes ateas en el stadium gigante de Nueva York, y la “isla decrepita” de Cubagua, silenciosa, rica en calabacines, pectorales dorados, ídolos, y desgastada frente a un “mar violeta, de octubre”, con una tierra fantasmal donde el presente se traga el pasado de una sola vez, destruyendo toda ilusión cronológica.

En *La galera de Tiberio*, cuya edición belga el autor tiró a las aguas y algunos de cuyos capítulos mosaicos fueron salvados por *Élite* y *Signos en el tiempo*, Enrique Bernardo se sitúa en el Hotel Central para mirar desde allí, a través del fantástico Herr Camphausen, una historia que se va pudriendo como manzana. Herr Camphausen se dedica a estudiar el futuro con espejos retrovisores, y elabora un tiempo y una historia de dimensiones mágicas. El Canal de Panamá ya no es la maravilla para el ojo que Blasco Ibáñez describe cuando sale a turistar por el mundo, sino una parte centesimal de un siglo cesarista, nutrido de empréstitos, grandes construcciones, casinos flotantes. El presidente Picker, uno de los que Herr Camphausen cataloga en su historia mágica, juega al “golf” como Eisenhower treinta

¹ Garbán, Martín. *El Nacional* 1 de octubre de 1965

años después de escrita *La galera de Tiberio*, y el Presidente Otranto, su sucesor, consciente de la mezquindad del aislacionismo, se lanzó como Kennedy, a “viajes de buena voluntad”. Faltaría “el otro” del Presidente Castries, apasionado deportista y campeón él mismo de boxeo, restaurador de monumentos antiguos, espectador en asombros de una gran ola terrorista y quien finalmente terminó como converso, viendo “la cabeza de un Cristo contemporáneo de Giotto”. Pero se da por cierto en una historia mágica que el “doble”, el sosías de este “César cartujo” aparecerá a la vuelta de cualquiera de los decenios, contemplando el cometa de roja cabellera.

Otro tiempo sin fijeza, presidido por la “diadema de Orión y el ojo fulgurante del Toro”, es el de *Cubagua*. El conde milanés Lampugnano, que le ofreció a Carlos V extraordinario invento para la pesca de perlas, podría ser, cuatrocientos años después, Leiziaga, comisionado del Ministerio de Fomento en la isla de las perlas. Este Leiziaga vería extrañas concreciones de historia mágica: Nila, por cierto una de las figuras femeninas más misteriosas de nuestra literatura (más que Ángela Rosa, nieta de Luján, más que Teresa Farías, más que la bruja Tanacia); soñados depósitos grises de la “Standard Oil” en aquel río de nácar, “rocío de mundos”; arañas cuyas picaduras causan dolor durante veinticuatro horas, como los peces tararas; papagayos que hablan lenguas extintas. En las visiones mágicas de Leiziaga hasta el idioma cambia. Donde la prosa criollista pone “olía a mastranto y a boñiga” esta prosa loca y soberbia pone a “olía a barbacoa, a ostra podrida, a cabra”. Donde Antonio Arráiz se vuelve retórico para rodear de mar a Dámaso Velásquez, este Enrique Bernardo comprime lo infinito y desata a golpes la sexualidad del agua: “Las olas reverberantes

se dilataban en un espasmo”. Todo Cubagua, todo Margarita ¡y en qué desmesurado color de la palabra!, no la tuvo así Díaz Rodríguez cuando se sentaba a ver el crepúsculo en aquellas islas, muriéndose en la pequeña silla presidencial.

Lo fantástico de Panamá, de Margarita y Cubagua, se vuelve lujurioso en *Orinoco*. Sobre una Guayana que los extranjeros se encargaron de historiar sin salir jamás de la sorpresa y sin dejar atrás la codicia, este valenciano se decidió a escribir lo prodigioso, mezclando las alucinaciones de Raleigh con los rigurosos paneles de Alejo Fortique. Sólo Oramas entre los venezolanos puede hombrearse con Enrique Bernardo en este redescubrimiento de Guayana. Pero El Dorado de Oramas, perturbado en bibliotecas sin luz, abulta páginas de sociología, de folklore, de relaciones y documentos, para ofrecer un libro imponente en erudición, como imponente la ignorancia con que sus compatriotas lo han recibido. En cambio, *Orinoco* y alguna página de *Signos en el tiempo* convierten la historia en un acto de brujería. Enrique Bernardo no sólo se mortificó con la cuestión de los límites, enfermedad o método purificativo de venezolaneidad ahora de moda, sino que hizo de ella poesía. Sobre Schomburgk, ese “alemán y tabaquero fracasado”, echa las culpas de una inmensa rapiña en el trazo de los planos, pero también una luz de embellecimiento por haber descubierto la flor Victoria Regis. Con Bruce, Enrique Bernardo dice que el Duida es una “abrupta y torva masa”, y con Hudson, el de *Las mansiones verdes*, se deleita ante la “flor de hata, que nace con la luna y desaparece con ella”.

La historia como magia en Enrique Bernardo Núñez. Tiempo terrible como cuando fray Dionisio, en un final tan conmovedor como el de *Viejo muere el cisne*, se le presenta cuatro siglos después, con la cabeza momificada, a Leiziaga, o como cuando los indios guayaneses desfilan ante la reina de Inglaterra, en días de Shakespeare y para que Shakespeare, en su *Otelo*, hable de los “seres cuya cabeza nace en los hombros”.